



La mirada

Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo

Un poeta es su mirada. La ávida mirada, avaricioso y selectivo atisbo. *Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo*. Una copa china. Un cáliz menudo. Un grial gris con dragones grabados en el talle. Una copa china o japonesa. Exótica o acaso ya no; quizá el territorio de lo extravagante haya desaparecido definitivamente y sólo nos quede lo cotidiano, lejano o vecinal, en formato catódico. El *catodicismo* es la única religión global. Adorémosla. No la perdamos de vista. Brindemos por ella. Podemos verlo todo, ya no quedan lugares remotos o, al menos, eso creemos. Alguien mira por nosotros para que nuestros ojos sientan la prosperidad de un tiempo siempre presente y extremadamente delgado.

Una copa china, un objeto simple y fascinante, un cuerpo poético, una cintura de verso obeso, un juego de perspectivas, un trampantojo de licor, una travesura de apariencias: una metáfora. Sólo hace falta derramar algo de líquido transparente sobre ella y colmar sus bordes; de sake, a poder ser; aunque no es imprescindible. Ya está. En el fondo, aparecen, como un reposo visual, un hombre o una mujer; desnudos, impúdicos, con una obscenidad de huésped; pero con una provocación sexual ajena.

La misión del poeta es mirar, incluso allí donde nada puede ser visto pero que sí puede ser contado. Mirar incluso en el interior de una copa china. Una lupa para dipsómanos curiosos que no permite miradas simultáneas y compartidas. ¿Qué otra cosa puede ser la poesía? Una sed esbelta, una pulcritud de figón que ordena palabras y espía a los vecinos. Esa copa china es simple y misteriosa, como la poesía.

Esta copa china ha sido creada para la sobremesa lenta y las confidencias largas, para los obcecados deseos y los imposibles tactos. Una pausa entre conversaciones y negocios. Digestiva y amable.

De un solo trago te bebo y te pierdo; y me ahogo en la fatalidad y en una sequía de siluetas; ya no hay realidad sino deseo.

Te miro y te conservo, no te bebo; continuas inaccesible en esa jaula de agua.

El líquido permite ver el cuerpo y deleitarse con los contornos, los músculos, el sexo y los círculos; estremecerse, elevarse, dilatarse y satisfacerse; la sed los difumina y todo se convierte entonces en miope pérdida. Borroso, inútil; dicen que erótico, pero eso es falsa costumbre y aún más falsa certidumbre. La ceguera es terror y nunca tentación.

Una copa china vacía, una oquedad vaga, asexualada. Un espejismo que se evapora. El licor acerca los contornos; la ambición los destruye y los aleja.

Volver a ver: inventar una marejada, inundar la minúscula acequia de las miradas y las pasiones, recuperar la perspectiva y la claridad. Optar entre la ceguera y la sed. *Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo*. Si te bebo te pierdo, te desvaneces; si no te toco con los labios, te conservo, te archivo en los ojos, te almaceno. Si te resguardo, entonces no te rozo, ni te poseo, pero, eso sí, disfruto con tu impúdica pose. Porque ahí estás, desnudo, desnuda, con una sonrisa de sexo abierta, con una postura pretendidamente perturbadora, díscolo en tu anatomía de sed.

Pero ver no es una acción, es un hábito tan inmóvil como hermoso. Tiene algo de rutina forense, de curiosidad quirúrgica. Dejar de ver es adentrarse en las sombras, acuchillar los perfiles, emborronar las siluetas, borrar las huellas y las direcciones. Comenzar a tantear entre sombras y miedos, recuperar la noche.

Te bebo, te trago, te cato, te degusto, te destilo, te paladeo lentamente, te acabo, te devoro, suspiro y aspiro tus licores y , entonces..., entonces comienza la memoria; asoma, en el instante en que ingiero la última gota, el motor ruidoso del olvido. Te bebo y te disfruto hasta hacerte invisible, hasta la desaparición, el sueño y sus magníficas travesuras ópticas.

Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo. Te bebo y el cuerpo queda camuflado en el cristal opaco, te malgasto, te derrocho, te pierdo: el cuerpo queda reducido a un borrón blanco absurdo y sin contornos. Una mancha difunta.

Pero se trata de una opción entre ficciones. Una pugna entre voluntades. No existe otra cosa que un artificio atrítrico en los objetos y en los versos; nunca nada tangible. Una zozobra triste es lo único que queda en el fondo del vaso vacío. Párpados maniatados. Deseos no cumplidos: penitencias y arrepentimientos; miradas hechas añicos.

La poesía es ese vaso lleno y ese vaso vacío por que los poemas nos permiten convivir con las contradicciones y los deseos en varias direcciones. La poesía es el líquido y la visión del cuerpo que aparece como un ahogado fotogénico; es ese segundo de duda entre beber y mirar, el titubeo y también la decisión.

Esa copa es espejismo y oasis en un mismo recipiente. Oasis hasta que todo horizonte se difumina, hasta que la sed se disipa para que surja la sed de los ojos; tan dolorosa como la otra sed de la garganta, tan heredera como ella de ansias y placeres, de dones y dádivas. Espejismo porque nada de lo visto es real y táctil.

Esa copa china es un ojo de cristal, un Polifemo tallado y tullido. Un artilugio para espías anhelantes y huroneadores de intimidades. Contactos virtuales y básicos en el fondo de una copa oriental que nada orienta a quien con ella se deleita.

Para no seguir martirizados por el tiempo, ¡embriagaos, embriagaos sin cesar! De vino, de poesía o de virtud, como gustéis, escribió Baudelaire. Te bebo hasta perder la visión; brindo hasta la ceguera y maldigo mil veces tu pérdida. Me embriago de visiones, me embriago con tu merma; me despido y me quedo en el portal de tu ausencia. He liquidado tu cuerpo falso y sólo me queda un ahogo espeso, una tristeza apretada, una resaca oceánica, un mar menor y un mal menor, el artificio de una risa o de una lágrima.

Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo. Una actitud frente a una treta visual. Frente al trasiego de luces y sombras, de cuerpos y ausencias. Hasta el licor tiene fin y aún más la lucidez, la consciencia y el equilibrio. No te bebo y siento una aridez brutal en la garganta, una tentación seca y obscena. Un pequeño sorbo y te desvaneces. Mínimo pozo para refrescar tan exigua codicia.

Nos transformamos así en un Sísifo sediento obligado a rellenar una y otra vez ese cáliz, que no exigimos que nadie ose apartarlo de nosotros; a embriagarse para ver y emborronar lo visto. Un Sísifo adicto condenado a asomarse a ese mirilla acuosa una y otra vez y a hacer desaparecer, una y otra vez, los cuerpos ansiados.

La pasión nos ciega, la indiferencia nos hace videntes. *Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo.* Allí estás, en el fondo del vaso, como esos insectos atrapados en ámbar. No se pueden tocar pero se pueden ver; son objetos brillantes y secretos. Como las radiografías que rebuscan en el interior opaco de las enfermedades de los cuerpos, como el aceite equilibrado de las clepsidras, como los pisapapeles con flores y figuras abstractas. La copa china tiene un centinela desnudo en sus cimientos.

Hay que optar. Es inevitable porque paralizarse, abstenerse, ya es una elección y un riesgo de arrepentimiento. *Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo.* Cualquiera de las dos opciones deja un poso amargo. Te veo y sediento quedo. Te bebo y también turbado permanezco. Hay que optar para vivir, para escribir; para seguir viviendo, para seguir escribiendo. Beber un verso, ver un verso, vivir en un verso, crear un universo.

Te veo y no te bebo / te bebo y no te veo.
Salud.

Gontzal Díez

